

“De la caída del muro de Berlín al derrumbe de Wall Street” IV ¹

Introducción

En Informes de Asuntos Públicos² anteriores, analicé las causas de la caída del Muro de Berlín. He repasado pensamientos de filósofos como Norberto Bobbio y Friedrich von Hayek y de actores en dicho colapso como Karol Wojtyła, Ronald Reagan y Mijail Gorbachov. Luego presenté politólogos como Giovanni Sartori y Robert Dahl quienes discurren acerca de la compatibilidad entre liberalismo, democracia y economía de mercado que hoy se da como un todo continuo, y que no lo es. Hoy quiero regresar a un tema que ha vuelto a estar de moda tras el derrumbe de Wall Street. Me refiero al futuro del capitalismo norteamericano, que en su versión neoconservadora se sintió ganador en 1989. Para ello, presentaré la visión de uno de sus más implacables críticos: Paul Krugman, Premio Nobel de Economía del año pasado. Sobre la base de la evaluación que este economista hizo en 1994 y luego el 2007, reseñaré que la economía capitalista bajo Reagan no creció más que en los decenios anteriores.¹ Peor aún y a diferencia del keynesianismo de Roosevelt hasta Carter, la versión neoconservadora, profundizada bajo Bush jr., ha creado polarizaciones sociales y raciales de temer. Por ende, el triunfo del capitalismo de 1989 no ha sido sin graves costos para la democracia del norte.

El triunfo de Ronald Reagan y las promesas de los neoconservadores norteamericanos

Ronald Reagan asumirá la Presidencia de Estados Unidos en medio de una crisis de inflación y desempleo. La derrota en Vietnam junto a la toma de rehenes en Teherán sumirá a los Estados Unidos en la vergüenza. En su discurso de investidura de 1980, el ex gobernador de California proclamará que “En esta crisis actual, el gobierno no es la solución a nuestro problema. El gobierno es el problema”. Su filosofía era clara: “Somos una nación que tiene un gobierno, no al revés”. Era bueno recordar que el Gobierno Federal no creó a los Estados; los Estados crearon el Gobierno Federal”. Por olvidar esto, Estados Unidos vivía duros momentos. Trabajadores en paro y empresas quebradas pues “se les niega una recompensa justa por su trabajo mediante un sistema fiscal que penaliza el éxito y evita que (se les) mantenga (mos) una plena productividad”. Hipotecado estaba el futuro por la presión fiscal, el gasto público y el déficit. Por ello, para tener una economía sana y vigorosa, era la intención del nuevo presidente restringir “el tamaño e influencia del aparato federal y pedir el reconocimiento de la distinción entre los poderes otorgados al Gobierno Federal y aquellos reservados a los Estados o a las personas”.

Ronald Reagan proclamó la vocación pacífica de los Estados Unidos. Sin embargo, expresó que “Nuestro autocontrol no debería ser malinterpretado. Nuestra reticencia hacia el conflicto no debería ser confundida con una falta de voluntad. Cuando haga falta actuar para preservar nuestra seguridad nacional, actuaremos. Mantendremos la suficiente fuerza para prevalecer si llega el caso, sabiendo que si lo hacemos tendremos la mejor oportunidad de nunca tener que usar esa fuerza. Sobre todo, debemos darnos cuenta de que ningún

¹ Krugman, Paul; **Vendiendo prosperidad**; Ariel; Barcelona; España; 2000 y Krugman, Paul; **Después de Bush**; Crítica; Barcelona; España; 2008

arsenal, o arma en los arsenales del mundo, es tan formidable como la voluntad y el coraje moral de los hombres y mujeres libres” Invocando su amor a la patria y a Dios, Ronald Reagan proclamó que Estados Unidos podía solucionar sus problemas y parafraseando a Winston Churchill, señaló que no había prestado el juramento que acaba de prestar “con la intención de presidir durante su mandato la disolución de la mayor economía del mundo”.

El retiro triunfal de Ronald Reagan y la victoria de George Bush padre, más la caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética, parecieron dar la razón a los neoconservadores. Sin embargo, el miércoles 29 de abril de 1992, en la ciudad de Los Ángeles, en el Estado que había gobernado Ronald Reagan, California, estallaron los disturbios raciales y sociales más violentos de Estados Unidos de todo el siglo veinte, sólo comparables a los de Nueva York en 1863 y Detroit en 1943. La declaración de inocencia de cuatro policías blancos que habían dado una televisada paliza al norteamericano de color Rodney King, desató la ira contendida. Cincuenta y dos personas muertas, cientos de personas heridas y mil millones de dólares en destrucción de propiedades fueron el sueldo. Los canales de televisión del orbe entero mostraron como el orden público era reestablecido mediante el expediente del ingreso de miles de tropas federales. ¿Qué había pasado? La respuesta la dio un joven gobernador de Arkansas llamado Bill Clinton. “Es la economía estúpido” y prometió reestablecer el sueño americano de justicia para todos e igualdad de oportunidades, duramente amagadas por los gobiernos conservadores.

El saldo del capitalismo reaganiano: Crecimiento económico moderado y desigualdad batiente

En 1994, el futuro Premio Nobel de Economía Paul Krugman dio un primer veredicto acerca de las promesas de Ronald Reagan. En su obra “Vendiendo prosperidad” partió por presentar la economía de la oferta y las principales características de la versión más extrema del capitalismo. Así señaló que: “El núcleo de la promesa económica de los conservadores puede resumirse en una sola palabra: crecimiento. Los defensores extremos de la economía de la oferta, como Jude Wanniski y Arthur Laffer, sostenían que si se bajaban los impuestos, el crecimiento se aceleraría de tal manera que todo –incluidos los ingresos fiscales- aumentaría. Los economistas conservadores más moderados, como Murray Weidenbaum o Michel Boskin, no iban tan lejos, pero sí sostenían que la carga de los impuestos y la regulación era una de las principales explicaciones de la desaceleración que había experimentado el crecimiento en Estados Unidos durante la década de 1970, lo cual implicaba que la eliminación del Estado generaría grandes recompensas”.²

¿Cómo evaluar su resultado?

Por cierto, Paul Krugman señalaba que los economistas son expertos en manejar las cifras para fundamentar sus posiciones previamente establecidas. Que eso se podía hacer conscientemente, lo que era una deshonestidad intelectual, o inconscientemente, lo que no era más que la inveterada condición humana de racionalizar lo que hemos pensado, dicho y hecho previamente. Así, si se toman los años 1982 a 1990, atribuyendo la recesión de 1980 al “estatista” Carter y no al liberal Reagan, la economía creció un 3,6 por ciento. Pero si se

² Krugman, Paul; **Vendiendo prosperidad**; opcit; pp.41

quiere demostrar que Reagan fue un fracaso, diremos que entre 1980 y 1990 Estados Unidos creció al 2,1 por ciento en circunstancias que en los tiempos de “New Deal” y el keynesianismo norteamericano entre 1947 y 1973, Estados Unidos creció al 3,4 por ciento.

Otra precisión muy importante que hace Krugman, es que los Presidentes tienen una muy limitada influencia directa e inmediata en la economía. Así, el crecimiento económico depende de la política monetaria que maneja la Federal Reserve y el paro, muy alto durante el primer mandato de Reagan, obedecían a que llegó al poder tras la recesión que se inició durante la etapa de Jimmy Carter. La explosión social y la recesión económica que destruyó a George Bush padre sólo comenzó dieciocho meses después de que Reagan abandonara la presidencia; por lo que bien puede atribuírsele al carismático presidente y no a su flemático sucesor.

Sin embargo, no debemos desprender de ello que nadie sabe nada o que todo es propaganda y publicidad. Krugman propone comparar la economía norteamericana, en el período keynesiano y el neoliberal. Dichos períodos los toma a partir de sus cimas más altas y sus momentos más bajos. Así, entre 1979 y 1990, lapso neoliberal o neoconservador, la economía americana creció un 2,4 por ciento. En contra, entre 1969 y 1979 dicho crecimiento fue de un 2,8 por ciento. Breve y sorprendente ventaja, a la luz de la propaganda neoliberal, a favor de los setenta en contra de los ochenta. Krugman concluye que “En modo alguno podemos considerar que la evolución del crecimiento en la década de 1980 fue excepcional, ni siquiera satisfactorio”.³

Para Paul Krugman, el gran problema del gobierno neoconservador no fue el crecimiento de la renta sino su distribución. Pues, y lo dice Krugman, “la etapa conservadora se caracterizó por un enorme proceso de dispersión del reparto de las rentas: los ricos se enriquecieron mucho más, los pobres se empobrecieron mucho más y la clase media no varió”. En efecto, entre 1947-1973 Estados Unidos apostó por distribuir la prosperidad a todos. Durante ese período, las rentas de todos los grupos aumentaron más o menos al mismo rápido ritmo, a saber, más de un 2,5 por ciento al año. Luego de 1979 surgió una nueva pauta: un crecimiento de la renta generalmente más lento, en que los ingresos crecieron mucho más deprisa en el extremo superior de la distribución que en el centro y disminuyeron en el extremo inferior.

Anotemos que a propósito del nuevo tipo de capitalismo, el crecimiento de la renta de los más ricos no se debió a mejores sueldos. Más bien se trataba de los rendimientos de las inversiones. La mayor parte de esta renta adopta la forma de intereses o dividendos de las acciones, o de inversiones en bienes inmuebles cuyo valor sube bruscamente. Este capitalismo especulativo produjo, como se sabe, dramáticos efectos en los tiempos de Bush Jr. Entre mediados de los años setenta y 1990 el cociente entre la remuneración de los directores generales y los salarios de los trabajadores ordinarios se triplicó. Así, la renta del 1 por ciento superior de las familias se duplicó aproximadamente en un período de doce años. Krugman demuestra que entre 1979 y 1989 la renta familiar media aumentó un 11 por

³ *Ibíd.*, pp.122

ciento, pero altamente concentrada en unas cuantas familias ricas. Un 70 por ciento del aumento de la renta familiar media fue a parar al 1 por ciento superior.⁴

Por ello, la tardía atención prestada a la desigualdad durante la primavera de 1992 ayudó claramente a la campaña de Clinton a encontrar un nuevo centro de atención y un nuevo blanco para las iras de la opinión pública. Ya no eran los que abusaban del estado de bienestar ni los burócratas públicos. Serán los “poseedores de información privilegiada montados en sus limusinas y los conservadores que querían reducir sus impuestos” los culpables de los males del norteamericano medio.⁵

Conclusión

Ronald Reagan apostó por bajar los impuestos para aumentar el crecimiento económico y así tener una mayor tributación. No lo logró. No sólo eso, destinó centenares de miles de millones de dólares para financiar su guerra contra el Imperio del mal. La ganó, pero a un enorme costo. Pues al no aumentar los impuestos e ingresos fiscales, y sí aumentar su aparato militar, debió tomar decisiones que fueron fatales para George Bush padre y para el futuro del capitalismo neoliberal norteamericano.

El Estado federal dejó de invertir como antes y ello afectó la productividad norteamericana. En las décadas de 1950 y 1960, en las que la economía de Estados Unidos consiguió un rápido crecimiento de la productividad, las Administraciones gastaron en todos los ámbitos (federal, estatales y locales) alrededor de un 3 por ciento del PIB en infraestructura: carreteras, puentes, sistemas de alcantarillado y agua. En la década de 1980, sólo gastaron alrededor de un 1 por ciento. En diez años el déficit de inversión acumulado representó alrededor de un 20 por ciento del PIB. Existe otro tipo de “inversión” pública que se descuidó durante la década de 1980: el gasto en el cuidado y la educación de los niños. Ello comprometió su capital humano, factor central en la productividad. A ello sumemos la disminución de los bonos de alimentación a los más pobres.⁶

Sin embargo, estos recortes no pudieron cubrir la magnitud del déficit. Así, si en 1981, el Gobierno Federal incurrió en un déficit del 2,7 por ciento del PIB; en 1992, la cifra era de un 4,9 por ciento. ¿Cómo cubrirlo? Pues con dinero externo. De este modo, durante los 80, la economía americana se convirtió en un gran importador de capital y, por lo tanto, en un deudor neto con el resto del mundo. Al final del año fiscal 1981, la deuda federal ascendía a 994.000 millones de dólares, mientras que al final del año fiscal 1992 era de 4,004 billones. Por lo tanto, el desequilibrio fiscal obligó a la Administración Federal a pedir prestado 3 billones de dólares.⁷

En suma, Paul Krugman sentenciaba en 1994 que “En el tribunal del saber convencional, Ronald Reagan tiene que hacer frente a la acusación de haber impuesto una enorme deuda a su país. Bajó los impuestos que pagaban los ricos, aumentó el gasto militar y no redujo el

⁴ *Ibidem*; pp.145

⁵ *Ibidem*; pp. 146

⁶ *Ibidem*; pp. 164

⁷ *Ibidem*; pp.167

gasto en otras partidas para compensar su generosidad. El resultado fue una serie de déficit sin precedentes en tiempos de paz y una deuda que será un lastre para el nivel de vida nacional en las décadas venideras”.⁸

Lastre que cayó pesadamente por los conflictos raciales de 1992. Veamos los datos que nos aporta Emmanuel Todd. Sólo un 2,3% de las mujeres de color se casa con un hombre blanco. La mitad de las mujeres de color son madres solteras. La mortalidad infantil de los niños de color es de 14,6 por mil nacidos vivos. Entre los niños blancos esa tasa es de sólo 5,8 por mil. El salario de los jóvenes negros disminuyó a la mitad en los años ochenta. En un mundo alfabetizado y crecientemente educado, los que no saben leer y escribir o cuentan con una baja y mala educación quedan fuera. Se trata de los “trabajadores pobres”, obreros sin especialización, negros e hispanos mayoritariamente, que ganan 150 veces menos que los directores generales de las empresas para las que trabajan.⁹

Obviamente las diferencias raciales y sociales generan odios y desconfianzas. La solución a tan explosivo problema puede ser la integración social o la segregación represiva. Kennedy con “La Nueva Frontera”, Johnson con “La Gran Sociedad” y los keynesianos Nixon, Ford y Carter intentaron sentar las bases de un Estado de Bienestar. Avanzaron mucho, a tal punto que el “Programa para una gran sociedad” de Lyndon B. Johnson redujo la pobreza que en 1959 era del 22% al 10%¹⁰. Pero todo se detuvo a mediados de los años setenta y sobre todo con Reagan en los ochenta. El psicólogo del Hogar de Cristo Paulo Egenau nos da algunas pistas: Estados Unidos con 280 millones de habitantes, tiene 1 800 000 de personas encarceladas. La Unión Europea, con 370 millones de habitantes, tiene una población penitenciaria de sólo 300 000 personas. Mantener tamaña población le significa a Estados Unidos 31 billones de dólares. Más de lo que destina todo el presupuesto federal para el bienestar social de 8,5 millones de pobres. Y, por supuesto, los presos son mayoritariamente jóvenes negros y latinos. En 1998 había 193 presos blancos por cada 100 000 blancos; 688 hispanos presos por cada 100 000 hispanos y 1571 negros presos por cada 100 000 negros.¹¹

El capitalismo norteamericano, bajo Reagan y Bush, no trajo ni más crecimiento económico, ni más igualdad. Por el contrario, ha dejado a la gran democracia del norte sumida en una grave crisis económica y en una polarización racial y social inquietantes. Como expresión de una enorme madurez cívica, el pueblo norteamericano acaba de elegir a un hombre de color para que se haga cargo de tan pesado lastre. El triunfo de 1989 no fue gratis para la gran democracia del norte.

1 Sergio Micco Aguayo., abogado, master en ciencia política y doctor en filosofía

2 Nos referimos a “**De la caída del muro de Berlín al derrumbe de Wall Street**” Informe 701.703 y 710. Estos pueden leerse como continuación a **Contra el pesimismo tranquilo de Antonio Cortés y el Incorregible sentido común de Andrés Sanfuentes**, informe 681 y **El estado, el mercado y la comunidad tras 1989**, informe 684.

⁸ *Ibidem*; pp. 176

⁹ Todd, Emmanuel; **Aprés L`empire**; Paris; Francia; 2002

¹⁰ Sebastián, Luis de; **El rey desnudo**; Trotta; Valladolid; España; 1999; pp.127

¹¹ Egenau; Paulo; Drogas, políticas públicas y dolor humano; en: VVAA; **Pluralismo, sociedad y democracia**. La riqueza de la diversidad; Fundación Felipe Herrera; Santiago de Chile; 2000; pp. 276